

AGENDA CIUDADANA

CUANDO SE OBTIENE LO QUE NO SE BUSCABA NI SE QUERIA

Lorenzo Meyer

Conseguir lo Opuesto de que se Buscaba.- En política no es raro que un tiro salga por la culata, que una acción produzca consecuencias no previstas e incluso lo contrario de lo buscado. Es evidente que cuando Vicente Fox y los suyos tomaron la decisión de desafiar a un sistema autoritario en decadencia, tenían como meta arrojar al PRI al cesto de la basura histórica. A estas alturas, el resultado del foxismo amenaza con desembocar en la creación de las condiciones para que el PRI pueda retornar a “Los Pinos”, pero ahora cubierto con el manto de la legalidad y la legitimidad, tras haberse desembarazado de su sambenito de partido de Estado.

La historia es abundante en grandes ideas, decisiones y acciones políticas, científicas o de otra índole, cuyos resultados efectivos se alejaron tanto de lo previsto o deseado que terminaron no sólo en lo opuesto sino en tragedia. Un ejemplo tan claro como dramático es el de Albert Einstein. Al inicio del siglo XX el joven genio alemán elaboró su elegante y poderosa teoría de la relatividad que expresó con la fórmula de equivalencia entre materia y energía $E=mc^2$. Lo último que tenía entonces en mente el científico era que tan formidable avance teórico fuera a desembocar en la elaboración de la bomba atómica, en la destrucción total de dos ciudades japonesas en 1945 y en crear las condiciones que desde entonces mantienen al planeta viviendo a la sombra de la amenaza de un holocausto nuclear.

Veamos otro ejemplo no enteramente diferente pero más extendido en el tiempo. La idea de que la ciencia, tras el descubrimiento de sus leyes fundamentales, podía llevar a una explicación del universo, dio un salto cualitativo enorme con el descubrimiento de Isaac Newton en el siglo XVII de las leyes de la moción y de la gravitación universal. En su *Principia* (1687), Newton elaboró ni más ni menos que una gran explicación teórica de

como trabaja la naturaleza a escala universal. Casi un par de siglos después, Charles Darwin, en *Sobre la evolución de las especies por medio de la selección natural* (1859), formuló otra explicación teórica formidable en torno a los seres vivos.

De este tipo de ciencia física y natural no había ya más que un paso para intentar una explicación científica del hombre y la sociedad y Carlos Marx, contemporáneo de Darwin, propuso una de naturaleza histórica y materialista basada en la lucha de clases. Como teoría sociológica el marxismo fue un gran avance que sigue manteniendo su utilidad, pero cuando se intentó convertir esa teoría en certidumbre, en “la ley de la historia”, se justificó la posición de unos pocos que reclamaron el derecho “científico” a imponerse incluso por la fuerza para dirigir los destinos del conjunto hacia un solo y único tipo posible de futuro: el comunismo. El resultado, como sabemos, fue un desastre de proporciones gigantescas. El Marx libertario, empeñado en poner al descubierto la naturaleza clasista de los mecanismos de explotación del hombre por el hombre, terminó por ser transformado en justificador “científico” del leninismo, el estalinismo, el maoísmo, de un “socialismo real” que antes de desaparecer en la URSS o de evolucionar a un capitalismo autoritario, como en China, construyó el *GULAG* y costó la vida a millones y la libertad a muchos más.

Una Independencia Realmente Inesperada.- En nuestra historia política nacional, también encontramos un buen número de casos de grandes proyectos que desembocaron en procesos cuya naturaleza final fue bastante diferente de la original.

Cuando Napoleón invadió a España en 1808, su propósito era dominar toda la península Ibérica como parte de una reorganización de Europa que debería desembocar en la consolidación del Gran Imperio. Así, Napoleón impuso por la fuerza de las armas a su hermano José en España, a su hermano Luis en Holanda, a su hermano Jerónimo en Westfalia, a su hijastro Eugenio en Italia y el gobierno del Gran Ducado de Varsovia lo

encargó a su aliado el rey de Sajonia. Tamaño diseño estaba pensado en función de Francia y de Europa y no de América. Pero ese magnífico juego a varias bandas tuvo muchos efectos no pensados o considerados por su autor; uno de ellos fue precipitar la independencia de Ibero América, acelerar el nacimiento de la nación mexicana.

La invasión de España por las tropas de Napoleón y la prisión de Fernando VII, llevaron a la insurrección popular en la metrópoli, al rechazo de José Bonaparte y al planteamiento del tema de la soberanía en América: ¿a quien correspondía el derecho a gobernar en ausencia del rey? Ante el temor de que los criollos tomaran la responsabilidad de gobernar a la supuestamente rica Nueva España, un acaudalado español –terrateniente y comerciante--, Gabriel de Yermo, el 15 de septiembre de 1808 llevó a cabo un sorpresivo y exitoso golpe de Estado con el que buscaba ganar por partida doble: deshacerse de su enemigo, el virrey José de Iturrigaray, y cerrar la puerta a las pretensiones políticas criollas. Pero la realidad marchó por otro rumbo.

Rota la legalidad de la colonia por la cerrazón de la élite española, y mientras el liberalismo ganaba terreno en las Cortes de Cádiz, en México un inquieto grupo provinciano de criollos del rico Bajío, decidió responder a Yermo y a su grupo con la misma moneda: conspirar para dar otro golpe de mano que, en principio, se supuso rápido e incruento, pues también debería ser un asunto de los pocos, como siempre habían sido las cosas del gobierno en el reino. Sin embargo, como sabemos, al verse descubiertos y en peligro de ser juzgados y condenados, ese pequeño grupo de criollos llenos de ideas y ambiciones encabezados por Miguel Hidalgo, cura de Dolores, usó su ascendiente sobre la masa para sacar a flote y con gran éxito el viejo odio que las clases subordinadas albergaban en contra de la rica y poderosa minoría española. En un abrir y cerrar de ojos estalló la mayor rebelión popular que la Nueva España hubiera conocido desde la consumación de la conquista, rebelión que pronto se salió del control

de quienes la instigaron. La guerra que siguió fue feroz en extremo y muy destructiva de la base económica novo hispana. Los insurgentes fueron finalmente derrotados, pero justo entonces uno de sus más feroces perseguidores, Agustín de Iturbide, decidió modificar su lealtad y, de nuevo, en un movimiento rápido e inesperado, uso su posición de jefe militar no para acabar con los remanentes de la insurgencia como se suponía, sino para hacer realidad el proyecto rebelde: la independencia. Al final, Iturbide como Hidalgo, no sobrevivió a su empeño, pero la independencia sí se consolidó.

¿Y los Liberales?- En el principio, los liberales mexicanos del siglo XIX se propusieron modernizar a un México que seguía fiel a su raíz colonial. Su esfuerzo, anunciaron, era acabar con la vieja organización corporativa –poner fin no a la Iglesia Católica sino a su control sobre la sociedad, destruir a las comunidades indígenas para darle oportunidad al capitalismo dinámico y transformador y acabar con los fueros militares-- para hacer del individuo el principio y fin de la vida política, económica y cultural de México. Buscaron un México donde ya no hubiera indios, castas o criollos sino sólo ciudadanos libres e iguales ante la ley. Un México ya no más monárquico, centralista y burocrático sino republicano, federal y democrático, aunque sin exageraciones, y respetuoso de los intereses y necesidades de los municipios y los estados. Un México ya no enmarcado por ese torrente de leyes *ad hoc* emanadas del Consejo de Indias, sino por una sobria constitución inspirada en los más avanzados principios políticos –los emanados de las revoluciones americana y francesa y otras experiencias externas igualmente importantes— y de la cual se derivaran de manera lógica los reglamentos para los casos específicos. Un México fuera de la jaula de ignorancia en que le mantenían la Iglesia y lo mucho que aún quedaba de las forma indígenas de un pasado no superado, y que se empapara de la ciencia y del espíritu del progreso, única forma de sobrevivir a una vecindad con unos Estados Unidos fuertes y dinámicos. Un México sin

monopolios, con una industria y comercio ágiles y una agricultura basada no en latifundios ociosos o tierras comunales, sino en hacendados y rancheros trabajadores.

Finalmente los liberales ganaron a sangre y fuego su derecho a darle forma al futuro. Se impusieron a sus adversarios eclesiásticos, a los conservadores nostálgicos del orden colonial y a las comunidades indígenas refractarias al llamado “progreso”. Pero el resultado final de su empeño no resultó ser la libertad sino una dictadura oligárquica, centralista y un país bastante alejado de la modernidad; un orden tan cerrado que requirió volver a lo que se suponía superado: al cambio por vía de la sangre y del fuego.

Un Sufragio Efectivo que Terminó en Fraude Electoral Institucional.- Francisco I. Madero, un joven decidido y optimista, terrateniente ilustrado de Coahuila, convocó al pueblo de México para que el 20 de noviembre de 1910 a partir de las seis de la tarde se levantara en armas contra la dictadura personal de Porfirio Díaz que impedía el sufragio efectivo. Madero se proponía entonces más o menos lo mismo que Vicente Fox noventa años después: un cambio de régimen, no una revolución. Sin embargo, Madero, al invitar a la rebelión a las clases populares por intermedio de líderes como Villa, Orozco y Zapata, abrió una caja de Pandora, y el huracán social que vivió entonces México barrió con él y con cientos de miles más. Y al final, lo iniciado en 1910 no desembocó en la deseada democracia sino en un nuevo autoritarismo que, justamente por no estar centrado esta vez en una persona sino en un partido, perduró a todo lo largo del siglo XX.

En Conclusión.- Lo sucedido con el foxismo –obtener resultados no buscados— no es algo fuera de lo común en política o en cualquier otro plano de la experiencia humana. Ahora bien, la restauración priísta es hoy únicamente una posibilidad no una certeza. La sociedad mexicana, o al menos una parte importante de ella, aún tiene la posibilidad de conducir el proceso por un camino distinto y evitar que de nuevo el tiro

vuelva a salir por la culata. Podemos y tenemos que impedir que la pícara Historia nos vuelva a jugar una de sus frecuentes malas pasadas.